



# SOLO UN DESEO

OLGA SALAR

Tener problemas de aura puede ser un engorro o un regalo del cielo. Todo depende de si te topas con la maldición de una pitonisa resentida o si, por el contrario, te encuentras con la visita inesperada de un espíritu moreno de ojos verdes y una sonrisa irresistible.

Si tienes la suerte de vivirlo todo, agárrate fuerte, porque tu vida va a girar tan deprisa que es posible que quieras apearte de ella aunque solo sea un segundo.

*A Iván por todas las canciones que compartimos  
y compartiremos...*

*Un solo deseo basta para poblar todo un  
mundo.*

ALPHONSE DE LAMARTINE

## ¿A quién le importa lo que yo haga? ¿A quién le importa lo que yo diga?

DEJO que el agua resbale por mi espalda y alzo la cara para que me refresque las mejillas. Hace calor. Mucho calor. Y eso que solo estamos a finales de junio. No quiero ni pensar en cómo será pasar el mes de agosto en la ciudad, pero Jaime y yo lo hemos dejado, y con ello se han esfumado las idílicas vacaciones en la playa que habíamos planeado.

Me enjabono el pelo con mi champú favorito, y suspiro cuando su perfume consigue que me relaje, que vuelva a sentirme yo misma. He tenido un día horrible, y este pequeño momento es lo único que impide que me meta corriendo en la cama y decida no despertar en cien años o más, hasta que el príncipe azul, que cada vez estoy más segura de que es un mito, venga a desadormecerme con un tórrido beso, porque amor, lo que se dice amor... No, mejor elijo el beso.

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

Tarareo mi canción favorita al tiempo que cierro el grifo del agua y alargo el brazo para coger la toalla. Al alzar la vista, me quedo paralizada por la sorpresa; mi mano se ha detenido sobre el toallero mientras el pánico y la excitación me atenazan el pecho y amenazan mis rodillas, que me sostienen por pura inercia.

Frente a mí hay un chico que me mira tan asombrado como lo estoy yo. Un chico cuyo rostro me sé de memoria de tanto mirarlo; me pregunto si lo he invocado con su música. Entonces parpadea y, en la fracción de segundo en que sus ojos quedan fuera de mi visión, mi cerebro comienza a funcionar.

«¡Madre mía, me he vuelto loca!», me digo a mí misma. Que la pitonisa a la que mi hermana me ha arrastrado esta mañana me haya echado una maldición y que mi mejor amiga acabe de contarme que sale con mi ex ha sido suficiente para que pierda la cabeza por completo.

Los ojos verdes de mi inesperado visitante brillan maliciosamente mientras me observa en silencio. Su cabello castaño está más revuelto de lo que acostumbra, y su boca ligeramente entreabierta forma una pequeña «o» que, si no fuera por lo surrealista de la situación, me haría reír como una boba.

Es imposible que Marcos Dorian, el cantante de Dr. Faust, el niño mimado del rock en este país, esté aquí plantado en mi cuarto de baño, mientras yo estoy desnuda. «¡Leñe! ¡Que estoy desnuda!»

Tardo tres segundos en coger la toalla y envolverme el cuerpo con ella, pero es demasiado tarde: en ese tiempo él ya le ha dado un buen repaso a mi cuerpo, y por su expresión no parece muy satisfecho con lo que ha visto. «¡No debería haberme comido el segundo gofre!»

Mi pelo rojo está chorreando por mi cara, y mis mejillas están tan arreboladas como mi cabello; sin duda estoy pintoresca, por decirlo delicadamente.

—¡Mierda! —exclama él, sin apartar la mirada de mí, y su voz me estremece como tantas otras veces lo ha hecho desde los escenarios—. Definitivamente, estoy muerto —murmura bajando la mirada hasta su entrepierna, que permanece impassible.

Mi ego decae varios enteros.

—¿Muerto? —pregunto con la voz más estridente que me he oído nunca.

—¡Seguro! —afirma volviendo a mirarse, para un instante después clavar sus ojos verdes en mí—. Si estuviera vivo, no estaría tan quieta.

—¡Joder! Ni siquiera cuando alucino consigo que se fije en mí —mascullo para mí, molesta por haber perdido el juicio.

## Unas horas antes...

—SANDRA, tienes que venir con nosotras —dice mi hermana al tiempo que tira de mi brazo para que me levante.

Estoy tranquilamente sentada en la cafetería que hay debajo de mi casa. Es sábado y los sábados no cocino, y sí, preparar un té con leche también está considerado cocinar.

—Ni en sueños. Sabes que esas cosas no van conmigo —respondo, y miro a mi mejor amiga esperando que me ayude a deshacerme de mi hermana pequeña y sus locuras.

—Virginia tiene razón —secunda la muy traidora—, necesitas un poco de ayuda extra. Desde que Jaime te dejó estás muy mal, prácticamente no sales y ahora te ha dado por aprender inglés.

Esto es el colmo, mi hermana no soporta a Cris y Cris no soporta a mi hermana. ¿Qué me he perdido?

—Ni Jaime me dejó ni yo estoy mal. Me he apuntado a aprender inglés porque tengo inquietudes y quiero ver las películas de James McAvoy en versión original. ¿Algún problema?

—Sandra... —empieza a decir mi hermana, pero la corto antes de que siga con la perorata que sé que viene a continuación.

—No pienso ir a que ninguna pitonisa de tres al cuarto toque mi aura, ¿está claro? —Cuanto antes lo entiendan, antes podré disfrutar tranquila de mi desayuno.

Mi hermana juega su última baza y me mira con la cara de cachorrito abandonado que se reserva en exclusiva para

que mi madre ceda a sus caprichos. Mal, muy mal. No voy a poder resistirme y lo sabe. Eso es jugar sucio.

—Por favor, Sandra. Hazlo por mí. Puede que tú no creas en esto, pero realmente funciona; ya verás lo maravillosa que es tu vida mañana. —Acompaña la petición con un puchero y yo, como hermana mayor protectora, acabo cediendo.

Estoy a punto de decirles que mi vida ya es maravillosa, pero recuerdo las enseñanzas de mi abuela: «mentir es pecado», y me muerdo la lengua con fuerza.

—Vale, iré —concedo, haciéndome la dura mientras le doy un último sorbo a mi taza de té con leche.

\* \* \*

«Al menos no hay telarañas», pienso al entrar en el local en el que la bruja limpia-auras trabaja. No sé si sentirme decepcionada o aliviada. Vale que odie las arañas, y que tenga alergia al polvo, pero sin ellas una no se pone en situación.

Cris me frota el brazo como si yo necesitara que me dieran ánimos, y mi hermana me sonrío satisfecha por haberse salido con la suya.

Una chica de unos dieciocho años, con el pelo azul, nos pide que esperemos, añadiendo que *madame* Remmy está ocupada. Señala unos sillones para que nos sentemos mientras termina con el cliente de las once. Me doy cuenta de que es como en la consulta del dentista, incluso hay revistas para amenizar la espera. Las reviso y vuelvo a sentirme decepcionada: no hay más que prensa del corazón. Esta pitonisa empieza a parecerme una estafadora, y eso que todavía no la he visto.

Diez minutos después se abre la puerta que tenemos en frente y un señor calvo con los ojos rojos pasa por delante de nosotras hacia la puerta. A pesar de sus ojos, que dela-

tan que ha estado llorando, sonrío, así que me animo pensando que lo que me espera puede que no esté tan mal.

No. Es peor.

No debería fiarme de los demás. La culpa es del señor que ha entrado antes que nosotras, que me ha dado esperanzas. «¡Qué crédula soy, por Dios!»

Para empezar, la tal *madame* Remmy no tiene nada de francesa. Habla español tan bien como cualquiera que haya nacido y crecido aquí, pero lo que más me molesta de ella es que, antes de que nadie explique el motivo de nuestra visita, me sorprende diciéndome que tengo el aura muy oscura, y que eso repercute en mi calidad de vida. ¿Calidad de vida?, ¿en serio?

Y aunque me molesta tremendamente ser justa, he de reconocer que esta pitonisa es adivina.

Mi hermana asiente enérgicamente y la pone al día de lo que ella considera que son las razones de que mi aura esté ennegrecida:

1. Se me escapa alguna que otra palabra mal sonante.
2. Me ha dejado mi novio. (Mentira, lo dejé yo a él.)
3. La semana que viene habré superado el cuarto de siglo. (Odio cumplir años, aunque, si lo pienso bien, sería peor no hacerlo.)
4. Suspendí a la mitad de mis alumnos. (Ahora también es culpa mía que ellos no estudien...)
5. Me reí cuando a Paloma, la vecina cotilla de mi madre, se le enganchó la falda en las braguitas cuando fue al baño y luego paseó su trasero por toda la ciudad. (Parece ser que reírse de las cosas que hacen gracia enturbia el aura.)

*Madame* Remmy escucha en silencio cada palabra de la entrometida de mi hermana, mientras yo la observo a ella.

Debe de ser la madre de la chica del pelo azul, tiene la misma cara y unos cuantos años más. Seguro que ella tam-

poco tiene suerte con los hombres, deduzco al ver sus manos llenas de baratijas, pero sin ningún anillo de casada. «¡Madre mía!» Si sigo así voy a empezar a sentir lástima de ella y todo.

—Te prepararé unas hierbas para que te las tomes antes de acostarte —me dice la buena mujer, sacándome de golpe de mis cavilaciones.

—A ver, señora pitonisa, que lo que quiero es que me limpien el aura, no que me purguen —le explico con paciencia.

Por la cara que ha puesto, deduzco que no le ha sentado bien mi comentario. Así que le sonrío condescendiente; tiene que practicar la paciencia, trabaja cara al público y eso es primordial en su profesión.

—¿Crees que la magia es divertida? —pregunta muy seria.

Reflexiono sobre lo que me ha planteado para darle una respuesta sincera y meditada.

Veamos: Harry Potter sí, es divertido. Pero sobre todo me he reído mucho con Ron Weasley. Sigamos: Gandalf; no lo es tanto. ¿Quién más practica magia? ¿Merlín? Bueno, sí que es divertido. Joseph Fiennes suele alegrarme la vista, y en la última serie que vi interpretaba al famoso mago. Decidido, sí, la magia es divertida.

—Sí, señora pitonisa. La magia es muy divertida.

Noto cómo clava sus ojos castaños en los míos y siento un escalofrío que me recorre la espalda. «¡Qué siniestra!», pienso.

Me giro a mirar a mi hermana, que me pone cara de «escóndete debajo de la mesa y reza todo lo que sepas».

—No crees en la magia —me suelta sin rodeos.

—Tampoco es eso; creo en la magia de la naturaleza, el nacimiento de un niño y esas cosas.

—Para esas cosas hace falta amor. Y el amor es magia —afirma sin apartar los ojos de mí. Parece que esté estudiando cada uno de mis gestos.

Estoy a punto de explicarle que para esas cosas no es imprescindible el amor cuando siento el tacón de Virginia clavarse en mi empeine. «¡Dios, cómo duele!»

—Pse. —¡Toma ya! Una respuesta perfecta, ni admite ni niega. A veces soy un genio.

—No me digas que tampoco crees en el amor. —Aparentemente es una petición, pero algo me indica que no debo complacerla.

Antes de que le conteste, Cris, mi mejor amiga, se me adelanta y le responde por mí.

—Su novio acaba de dejarla. Está un poco afectada. Por eso hemos venido.

—Jaime no me ha dejado —les explico por enésima vez—. Lo dejé yo antes de que lo hiciera él. Nuestra relación no funcionaba; sé que le rompí el corazón, pero tenía que hacerlo.

Las tres (pues supongo que la pitonisa también lo intuye, o al menos debería, puesto que es vidente) saben que no es cierta ni una palabra de lo que he dicho. Jaime me dejó porque se estaba viendo con otra persona. Intenté averiguar quién era, pero el papel de espía se me da fatal y lo perdí en cuanto giró la esquina de su casa.

—Sí, sí... Eso —responde Cris, dándome la razón con poca convicción.

—Ya veo.

—Claro que lo ve: si es pitonisa... —replico, pero mi broma no le hace gracia a nadie.

Madame Remmy se levanta tan rápido que casi vuelca la silla en la que estaba sentada. Sus dedos, que en esta ocasión sí entran dentro de los cánones de las brujas, huesudos y llenos de sortijas, me apuntan acusadores.

—Tú, estás condenada a no conseguir nunca el verdadero amor. Lo encontrarás, lo conocerás, pero no vas a poder disfrutarlo. No hasta que seas capaz de creer.

El grito de Virginia me pone en alerta. Aquí pasa algo grave; mi hermana nunca grita, es capaz de matar cucara-

chas casi sin pestañear.

—¿De qué habla? —le pregunto. Todavía está mirando horrorizada a *madame* Remmy.

Es Cris, con su exasperante pragmatismo, quien me informa de lo que sucede:

—Creo que acaba de maldecirte. Y otra cosa, Sandra: estoy saliendo con Jaime. Espero que no te importe, ahora que el amor es un imposible para ti.

—¿Tú eres la zo... la fresca que se ha metido en medio? ¿Dónde está la cámara oculta?

Miro a mi hermana en busca de la confirmación de que todo es una broma, de apoyo moral o lo que sea, y me encuentro con su actitud acusadora.

—¿Sabes?, podrías estarte calladita de vez en cuando —me regaña.

No, si encima va a ser culpa mía que mi mejor amiga me haya robado el novio y que la bruja me haya echado mal de ojo. Si creyera en estas cosas, estaría acongojada; la pitonisa lo hace realmente bien.

## Loca por volver a saber de ti...

—¿NO vas a decir nada? —le pregunto a Marcos ahora que ya estoy vestida y decente.

—Eres un poco rara. Deberías estar gritando.

—¡Rara! —exclamo en un tono irritado que me sorprende—. No era exactamente lo que esperaba que dijeras, pero supongo que me sirve. Está claro que mi mente no da para más.

La locura podría darme un respiro, por Dios, o al menos unas frases románticas en las que regocijarme.

—Estás estupenda. Es como si por ti no pasaran los años —añade con una sonrisa melosa.

Justo lo que no quería que dijese, no es buena idea que me halague, sobre todo si es verdad que está muerto o definitivamente estoy trastornada. Llevo enamorada de él desde los quince años, cuando el profesor de inglés nos hizo sentar juntos para que practicáramos conversación por parejas.

El instituto terminó y Marcos se convirtió en una estrella de la música, poniendo punto final a nuestra amistad. Como a la postre todo quede en enajenación mental, ya me veo de fan acosadora.

Me pregunto si alguna vez se ha acordado de mí. Nunca me ha llamado, ni siquiera cuando su grupo ha tocado aquí.

—No hace tanto tiempo, ¿sabes?

—Aun así, estás preciosa.

Punto para el roquero, concedo a regañadientes. Pero sus halagos no van a desviarme del tema que quiero tratar.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué hace Marcos Dorian en mi casa?

—Para ti no soy Marcos Dorian, soy Marcos Fernández, y estoy aquí porque estoy muerto —responde encogiéndose de hombros.

Pues sí que se lo ha tomado bien.

—No estás muerto, pero no te pregunto por eso. ¿Por qué, de todos los sitios del mundo en los que podrías estar, estás aquí, conmigo?

—No lo sé —contesta, pero tengo la sensación de que me esconde algo—. Lo único que recuerdo es estar de pie parado frente a la puerta de tu cuarto de baño, abrirla y toparme contigo para descubrir que eres pelirroja natural. ¡Y yo que siempre había pensado que te teñías!

Su comentario hace que me debata entre sentirme halagada o avergonzada; me decanto por el halago, teniendo en cuenta que Marcos Dorian, o Fernández, acaba de confesarme que ha pensado en mí.

Me está mirando fijamente, esperando que diga algo, que le siga el juego, pero ya no tenemos quince años, aunque mi hermana de vez en cuando me acuse de ello.

—Hagamos una prueba. Tenemos que comprobar si realmente estás muerto.

No contesta, se limita a asentir con la cabeza.

Me levanto del sofá y me acerco hasta él. Está sentado en una de las sillas del comedor; tiene las piernas separadas y, aunque sé que es una locura, me coloco entre ellas, tan cerca de él que el corazón se me acelera en el pecho y estoy segura de que suena más fuerte que la batería del grupo en el que canta. Acerco la mano hasta su cabello, ese pelo que he querido tocar desde siempre. Él contiene la respiración, tan expectante como yo... Avanzo los milímetros que me separan de él y... mi mano atraviesa su ima-